EL ENTIERRO DE TARZÁN.

(CUENTO)

Escribe: Julio A. Gutiérrez Samanez

¿Y va a matar al león?

¡Por qué! ¿No sabe, acaso, que está en extinción?

A mí no me gusta ese tu Tarzán es muy malo…

Así, indignado, me devolvió mi pequeño hijo el “comic” que yo le había traído como regalo desde el desván de la casa paterna, pensando que le despertaría la simpatía que tuve en mi infancia hacia aquel héroe fuerte y valiente de la jungla que liberaba esclavos, animales capturados y derrotaba a cazadores furtivos buscadores de marfil. Era amigo de tribus de pigmeos y caníbales. Con su famoso grito: ¡¡Aaaauuaaauuuaaaaa!! Convocaba tropas de elefantes amigos y grupos de monos entre los que se había criado. Tarzán era un hombre blanco de pelo oscuro que vivía desnudo entre la maleza y los árboles.

¿Quién iba a imaginar que con el tiempo la consciencia humana cambiaría tan drásticamente?

Avergonzado recogí el “comic” mirando la ilustración de su carátula donde, en efecto, el héroe estaba a punto de asestar una mortal puñalada al gran felino.

Revisando las páginas recordé los pasajes en los que Jane, una bella exploradora, enamorada del héroe, formara su nido de amor en plena jungla, junto a “Boy” un pequeño niño y “Chita” una graciosa monita.

Era el tiempo en que yo vivía en una casa grande y solía salir al campo con mis amigos llevando una honda de jebe y redes para atrapar mariposas, peces o renacuajos. Y volvía a casa cargado con mis trofeos.

Mi habitación era el gabinete de un brujo, poseía frascos de vidrio con fetos de animales conservados en formol; caracoles, estrellas marinas, cangrejos; tenía un gran insectario, un grueso herbario y una serie de cráneos de animales que concluían, como toda la evolución, en una calavera humana. Era tal mi afán coleccionador que había formado un museo.

Pero, Tarzán ¿Por qué tenía que matar a los leones?

Un día, seguramente el último de mi infancia, un ave cantaba feliz en la copa de un capulí llenando con sus trinos el tiempo lluvioso de primavera. Obedeciendo mi instinto salvaje le apunté con la honda, disparé y di en el blanco.

El ave cayó pesadamente dando sus últimos aletazos. En ese preciso momento apareció mi padre que había observado el trágico suceso. Cogió el ave muerta y me inquirió tristemente:

-¿Por qué lo hiciste?, ¿no te gustaba su canto que alegraba la mañana?

¿Acaso comerás de su carne?

Esto es una crueldad, hijo mío. Por lo menos tienes que enterrar a tu pobre víctima.

Desde aquel hecho vergonzoso en que enterré la honda y el ave muerta, aunque toda la cultura nos enseñaba a matar y nuestros héroes eran casi siempre matadores de hombres, abandoné toda afición por la caza y por las armas; pero en mi inconsciente quedó la triste idea de que era lícito matar.

Y, si mi hijo no me lo reprochaba hoy día, no me hubiera percatado de que Tarzán, el Rey de la Selva de mi infancia, era un criminal ecológico que mataba leones en peligro de extinción, que desaparecerían pronto como el mamut o el tigre de dientes de sable.

Entonces, compungido, ante la mirada inquisitorial de mi hijo de siete años, tomé el “comic” y con un azadón abrí un hoyo en el jardín y enterré a Tarzán con todo mi pasado oscuro.

El pequeño sonrió, con sus ojos todavía llorosos; desagraviado y satisfecho, me abrazó diciendo:

¡Gracias papá, tenemos que proteger a los leones, no queremos que se extingan para siempre!